

# Introducción a Caudwell para *Nuestra Bandera*

HELENA SHEEHAN

Traducción: Manuel Monleón



181

Cuando la sangre de un joven combatiente se derramó en el suelo de España, el marxismo perdió a uno de sus pensadores más creativos y activistas más comprometidos. Aún no había cumplido los treinta años. Aunque hizo mucho en pocos años, fue una vida llena de posibilidades no realizadas. Incluso ahora, es difícil sobrellevar lo mucho que entonces perdimos.

Christopher Caudwell fue una presencia breve y asombrosamente brillante en el mundo. Nacido Christopher St. John Sprigg en Londres en 1907, publicó prolíficamente y murió luchando en la guerra civil española en 1937 en la batalla del Jarama.

Dejó la escuela a los quince años y comenzó su vida laboral como reportero novato en el *Yorkshire Observer*, donde su padre era editor literario, y luego como editor de *British Malaya*. A su regreso a Londres, dirigió con su hermano una editorial aeronáutica, editó una de sus revistas técnicas y diseñó engranajes para automóviles. Además, escribió poesía, teatro, cuentos, novelas policíacas y libros de texto de aeronáutica. Incluso editó un volumen de relatos de fantasmas.

Además de todo esto, leyó mucho sobre filosofía, sociología, antropología, psicología, historia, política, lingüística, matemáticas, economía, física, biología, neurología, literatura, crítica literaria y mucho más. No lo hizo como un diletante, sino como alguien que se esforzaba por asimilar el conocimiento de los siglos y comprender lo que significaba para sí y para su época. A pesar de su falta de formación universitaria, se convirtió en una persona de gran erudición.

En 1934, a la edad de 27 años, Caudwell se interesó por el marxismo y comenzó a estudiarlo con extraordinaria intensidad, descubriendo rápidamente que le proporcionaba la clave para la síntesis que buscaba. En el verano de 1935

escribió su primer libro marxista, originalmente de título *Verse and Mathematics* (El verso y la matemática), pero finalmente enviado a Macmillan y aceptado para su publicación como *Illusion and Reality* (Ilusión y realidad).

Al terminar este libro se trasladó al East End de Londres y se unió a la rama de Poplar (barrio londinense) del Partido Comunista de la Gran Bretaña. Se dedicó a todas las tareas rutinarias del partido: repartir octavillas, hablar en las esquinas, vender *The Daily Worker*, así como a luchar contra los camisas negras, enfrentándose valientemente a los golpes e incluso a la detención.

Durante este periodo de intenso activismo también escribió febrilmente, produciendo un corpus de manuscritos teóricos publicados póstumamente como *Studies and Further Studies in a Dying Culture* (Estudios y más estudios sobre una cultura moribunda), *The Crisis in Physics* (La crisis en la Física), *Hereditry and Development* (Herencia y desarrollo), *Romance and Realism* (Novela y realismo) y *Poems* (Poemas). Varias selecciones de su obra han sido publicadas como *The Concept of Freedom* (El concepto de libertad) y *Scenes and Actions* (Escenas y acciones). Más recientemente, Verso ha publicado una nueva edición de *The Crisis in Physics* y Pluto ha contribuido con una nueva selección de sus escritos bajo el título *Culture as Politics* (La cultura como política), dando a conocer su obra a una nueva generación. Aunque Caudwell nunca ha dejado de ser publicado, su obra no siempre ha recibido la atención que merecía.

Existe también una amplia bibliografía secundaria. Gran parte de ella, como *The Function of Literature: A Study in Christopher Caudwell's Aesthetics* (La función de la literatura: un estudio sobre la estética de Christopher Caudwell), de David Margolies, se ha centrado en la teoría estética. Mi propio libro *Marxism and the Philosophy of Science: A Critical History* (El marxismo y la historia de la ciencia: un estudio crítico) y el de John Bellamy Foster *The Return of Nature* (El retorno a la naturaleza) han puesto de manifiesto la amplitud de su pensamiento poniendo el énfasis en la filosofía y la ciencia.

Para Caudwell, la cultura (en el sentido más amplio de la palabra, incluyendo la ciencia, tecnología, filosofía, etc.) estaba moldeada por las condiciones socioeconómicas de su tiempo. Su obra estuvo impregnada de la fuerza explicativa del materialismo histórico. No veía la dinámica como algo pasivo, sino como una interacción activa en la que la cultura desempeñaba a su vez un papel en la configuración del entorno socioeconómico. Desarrolló sus ideas con un arrollador sentido de la historia, y su peculiar interpretación de épocas pasadas, como la Grecia antigua y la Gran Bretaña moderna, son realmente sorprendentes. La amplitud de sus conocimientos y la profundidad de su pensamiento siguen siendo notables y memorables.

En todo lo que escribió, ya fuera sobre literatura, antropología, psicología o biología, lo que Caudwell hacía era ni más ni menos que conceptualizar el mundo, y nada menos que el mundo. Estaba decidido a trabajar sobre toda



la herencia del conocimiento humano desde un nuevo punto de vista. La filosofía, en el sentido de una *Weltanschauung* integradora, era lo que recogía todo lo demás. Independientemente de lo que tratara, desde la poesía a la política, pasando por la física, quería penetrar en su núcleo, iluminarlo dentro de su campo de fuerzas, destacarlo dentro de su red de interconexiones, verlo dentro del todo. Buscaba identificar los patrones más básicos del mundo, tomar el pulso a los ritmos más básicos del mundo.

Observando la cultura de su tiempo, vio que había algo en el núcleo mismo del orden social que impedía este impulso a la integralidad, que obstaculizaba la búsqueda de la síntesis. En todas partes prevalecía la fragmentación. Se preguntó por qué. Observó: «O el diablo ha venido entre nosotros con gran poder, o hay una explicación causal para una enfermedad común a la economía, la ciencia y el arte».

A pesar de los magníficos logros que vio en su época —relatividad, mecánica cuántica, genética, psicología, antropología, arte, aeronáutica—, la suya fue, sin embargo, una época de confusión y disenso. ¿Por qué, se preguntaba, cada nuevo descubrimiento era como el toque de Midas, y traía una nueva decepción? ¿Por qué esta extraña fatalidad se cernía sobre la cultura burguesa de tal modo que el progreso solo parecía acelerar el declive? ¿Por qué la búsqueda de una verdad común, de una fe común, solo trae consigo la proliferación de visiones parciales, miopes y contradictorias de la realidad?

En el centro de todo ello, argumentaba, está la dicotomía sujeto-objeto, que tenía su base en la división social del trabajo, en la separación de la clase que generaba la teoría de la clase que se comprometía activamente con la naturaleza. Esta dicotomía distorsiona todos los ámbitos del pensamiento y la actividad y, de hecho, todas las relaciones sociales. Es una enfermedad endémica de la sociedad de clases que se ha agudizado con su mayor desarrollo. Solo una visión integrada del mundo, basada en la visión de un nuevo orden social, podía conducir a una síntesis superior lo que había sido separado, lo que se había alejado patológicamente.

Al mirar a su alrededor, llegó a la conclusión de que muchas teorías y muchas actividades estaban arraigadas en la ilusión burguesa básica: que el hombre nacía libre pero estaba lisiado por la organización social. Plagadas de contradicciones, «todas las formas elaboradas de los contratos burgueses, la organización del mercado, la estructura industrial, los Estados nacionales, los sindicatos, los aranceles, el imperialismo y el gobierno democrático burocrático, la presión férrea del consumidor y del mercado de trabajo, el subsidio, la subvención, las recompensas —todas estas formas multifacéticas de organización social— fueron creadas por una clase que reclamaba la disolución de la organización social».

Caudwell afirma lo contrario: que el hombre solo es libre mediante la organización social. No cualquier organización social, por supuesto, ya que bajo



el capitalismo la libertad del burgués se basa en la falta de libertad del proletario. El control social de lo producido socialmente es la condición material de la libertad. Para ejercer ese control social, esa libertad, es necesario ser consciente de la necesidad, de la red de causalidad que configura los parámetros de cualquier elección. Como lo expresaron Marx y Engels: hacemos la historia, pero no en las condiciones que nosotros mismos creamos.

Así, dice al concluir su ensayo sobre la libertad publicado en este número de *Nuestra Bandera*:

Por eso, todos los amantes de la libertad que han comprendido la naturaleza de la libertad y escapado de las categorías ignorantes del pensamiento burgués, se vuelven hacia el comunismo. Pues eso es sencillamente el comunismo, la consecución de más libertad de la que puede alcanzar la sociedad burguesa. El comunismo tiene como base la comprensión de la causalidad de la sociedad, de modo que pueda ponerse fin a toda la falta de libertad que implica la sociedad burguesa, a la esclavitud de los desposeídos por los poseedores, y a la esclavitud tanto de los poseedores como de los desposeídos a las guerras, las depresiones y la superstición.



Caudwell exploró esto en muchos niveles y dimensiones, incluyendo el desarrollo histórico del pensamiento filosófico. En su ilusoria separación de la conciencia individual de la matriz natural y social de su existencia, la burguesía había llevado a un nuevo nivel el dualismo inherente a la sociedad de clases, generando en la filosofía una separación cada vez más aguda entre el individuo y la sociedad, entre la mente y la materia, entre la libertad y la necesidad, la historia y la naturaleza, la emoción y la racionalidad, haciendo cada vez más insoluble la relación fundamental sujeto-objeto. En lugar de ello, el burgués imaginó que podía dirigir el proceso social sin ser dirigido por él, determinar sin estar determinado, capaz de concebir solo la mente autodeterminada en una relación unidireccional con su entorno, este sí determinado; un sujeto activo contemplando un objeto pasivo, ajeno al nexo de fuerzas naturales y relaciones sociales que determinan a ambos.

Observando el paisaje filosófico de su época, Caudwell trazó un mapa del terreno y caracterizó las fuerzas que se lo disputaban. Tomó el pulso a los distintos protagonistas y detectó el latido de las tensiones que desgarraban todos los esfuerzos por comprender. Sabía que la historia de la filosofía latía al ritmo de un proceso más amplio y profundo, aunque los propios filósofos no fueran conscientes de ello.

Trazó la historia de la filosofía moderna en términos del desarrollo de la conciencia de clase de la burguesía. La primera etapa, la de la rebelión burguesa contra las restricciones feudales, había desencadenado un gran *crescendo* hacia el entorno, con los viajes de exploración, la astronomía, la geometría, la gravedad, con el materialismo mecanicista como su filosofía culminante.

En la siguiente etapa, a medida que el capitalismo se consolidaba, su materialismo se convirtió en su opuesto, el mentalismo, alejándose del objeto hacia el sujeto, reproduciendo el dualismo de sujeto y objeto desde la dirección opuesta. El renacimiento del idealismo se produjo como filosofía de una clase dominante cuyo distanciamiento de su entorno aumentaba con la creciente división del trabajo.

Analizó las filosofías opuestas del mecanicismo y el idealismo, ya que ambas dicotomizaban el mundo en materia inerte y espíritu creador. Luego vino el positivismo, que marcó la transición de la burguesía de clase progresista a clase reaccionaria. Si el mecanicismo había sacrificado el sujeto al objeto y el idealismo el objeto al sujeto, el positivismo sacrificó ambos. Tanto la materia como la mente se volvieron inasibles e incognoscibles.

La filosofía se empobreció con dualismos cada vez más numerosos y esotéricos. En lugar de ser una fuerza integradora, se convirtió en una fuerza divisiva. En todos los sentidos, la teoría se alejaba de la práctica. La filosofía, incluso la filosofía de la ciencia, se alejaba cada vez más de la ciencia. El arte se alejaba de la experiencia. Teoría y práctica estaban escindidas en la conciencia, porque estaban divididas en la realidad social. Incapaz ya de discernir los ritmos del proceso histórico, el burgués distorsionaba cuanto contemplaba. No era posible superar la disolución intelectual, conectar las partes con el todo, sin abordar su matriz social, y no podía conectar las partes con el todo sin cuestionar todo su *modus vivendi*. La conciencia tendía a concentrarse en un polo y la actividad en el otro, provocando la distorsión de ambos. Esto se manifestó no solo en la distancia entre la búsqueda del conocimiento y otros aspectos del proceso de trabajo, sino incluso dentro de las áreas del conocimiento. Incluso las ciencias se vieron sometidas a esta ruptura, provocando un marasmo de contradicciones, tanto dentro de las ciencias como entre ellas, con una práctica científica cada vez más empírica, estrecha y fracturada, y una teoría cada vez más remota, difusa y desconectada. La experimentación estaba generando un corpus creciente de conocimientos empíricos que no podían encajarse en un marco teórico. Sin ese marco, los científicos recurrieron al eclecticismo, el reduccionismo o el misticismo. Este proceso se ha intensificado desde su época.

La posición epistemológica de Caudwell era un realismo crítico basado en el interaccionismo sociohistórico. El conocimiento se genera en un proceso social, en una interacción entre sujeto y objeto, que nacen simultáneamente. Se constituyen mutuamente y, por tanto, son inseparables. Nunca podríamos conocer una cosa aparte de nuestro conocimiento de ella. Rompiendo con la ilusión del observador distante, veía el conocimiento como una relación activa, producto del trabajo social pasado y presente.

El peso de su atención en sus diversos estudios sobre la «cultura moribunda» recayó en la mentalidad del burgués, la ideología dominante de su tiempo



y del nuestro. Era, como señaló E. P. Thompson, un magnífico anatomista de las ideologías. También se fijó en las posiciones ideológicas alternativas, en los ajenos a la visión dominante del mundo, principalmente el proletariado, pero también las mujeres y las razas y nacionalidades oprimidas. Su anticipación de la conciencia feminista y la dinámica del paso de la opresión a la liberación a través de varias etapas de exclusión, inclusión, crítica, rebelión, fue de lo más avanzado para un marxista masculino de su época. En cuanto al proletariado, su visión de su compromiso activo con la naturaleza, su capacidad para la conciencia crítica y la transformación revolucionaria puede parecer idealizada ahora, pero no es difícil imaginar cómo él lo veía entonces. Ese optimismo no nos resulta tan fácil ahora.

Vivimos en otra época. La «cultura moribunda» no ha muerto. De hecho, a su manera, prospera a una escala más allá de lo que él podría haber imaginado. Sin embargo, su crítica sigue en pie. Su decadencia se manifiesta en todas partes, dominando cualquier otra cosa que luche por la vida.

Si observamos el panorama filosófico desde que Caudwell abandonó la escena, la batalla de ideas se intensificó durante algunas décadas. Las universidades de los años sesenta y setenta, e incluso de los ochenta, estaban llenas de ideas contrapuestas, paradigmas enfrentados, debates que llegaban a los fundamentos teóricos de todas las disciplinas. En la misma línea que sus estudios, todos estos debates en diversas áreas discurrían por líneas paralelas y expresaban líneas de división más profundas. Lo que ha ocurrido desde entonces es que esto se ha apagado, pero sin que se haya resuelto ninguno de los problemas planteados por estos debates.

La teoría se ha alejado aún más de la práctica en el sentido de que ahora la propia teoría está reprimida. El sistema global funciona de tal manera que necesita un mayor nivel de educación, pero una educación alineada con las necesidades precisas del mercado y no orientada a conceptualizar el sistema, y mucho menos a impugnarlo. La teoría y el debate teórico no prosperan en este entorno. Prevalece la particularidad irreflexiva. Donde hay teoría, está muy degradada, sumida en todo tipo de dualismos confusos, eclecticismos perezosos, holismos sin fundamento y mistificados. La búsqueda de la síntesis está más subvertida que nunca.

Es imposible no preguntarse qué habría escrito Caudwell sobre todo esto, sobre todo lo que ha ocurrido desde su muerte. ¿Qué ideas habría aportado sobre la trayectoria desde el positivismo, pasando por el neopositivismo y el pospositivismo, hasta el existencialismo, la fenomenología y el posmodernismo, hasta la acelerada mercantilización de la cultura y el conocimiento? ¿Qué estudios podría haber realizado sobre el cine, la televisión y la cibercultura? ¿Qué habría hecho durante la agitación del movimiento comunista en 1956, 1968, 1989? ¿Qué habría dicho de los juicios de Moscú, del XX Congreso del PCUS, la nueva izquierda, los movimientos de liberación del tercer mundo,



los nuevos movimientos sociales, de *Marxism Today*,<sup>1</sup> la perestroika, el fin de la URSS, las pandemias y las crisis ecológicas?

No podemos estar seguros. Varios comentaristas han dado su opinión. Cuando leí por primera vez a Caudwell, compré la edición de 1971 de *Studies and Further Studies in a Dying Culture* con una introducción de Sol Yurick, que especulaba con la posibilidad de que se hubiera convertido en un amargado guerrero frío o en un apparatchik entumecido. En los márgenes escribí: no y no.

Su vida habría sido muy diferente si hubiera regresado de España. Se habría convertido en un importante intelectual del partido y de la opinión pública. Su pensamiento habría sido cuestionado, sobre todo por sus propias reflexiones sobre el mundo tal y como se desarrollaba. No sé si habría abandonado el partido en algún momento, pero creo firmemente que, hiciera lo que hiciera, habría vivido de acuerdo con los puntos de vista y valores que desarrolló en los últimos años de su vida. Por supuesto, cualquiera de nosotros que alguna vez hemos pensado que le teníamos, pensamos que él habría pensado lo que nosotros pensamos. Aun así, creo que al menos en esto tengo razón.

Su partido le rindió homenaje póstumo, aunque sus escritos atrajeron tanto a defensores como a críticos durante la «Discusión Caudwell» en las páginas del *Modern Quarterly* en 1951, durante la marea alta del zhdanovismo y el lysenkoísmo en el movimiento comunista internacional, con amplias denuncias de «cosmopolitismo». También fue controvertido entre la siguiente generación de marxistas británicos, con Terry Eagleton declarando arrogantemente que «había poco, excepto negativamente, que aprender de él», mientras que E. P. Thomson caracterizó apreciativamente su trabajo como una «aventura valiente, incluso prometeica... el esfuerzo más heroico de cualquier marxista británico por pensar a través de su propio tiempo intelectual».

He vivido muchos años más de los que él tuvo la oportunidad de vivir. He mirado al mundo que él nunca vio con ojos que miran de la forma en que ellos miraban, conformados por la forma en que él miraba. No ha sido sustituto de lo que el mundo perdió cuando le perdió a él, pero lo ha llevado adelante en el mundo. Él escribió sobre la medio-vida de los muertos, refiriéndose a lo que dejan tras de sí cuando mueren. Al leerle hoy, sigue vivo. Me alegra especialmente ver que esto sucede en España, donde murió para que la libertad pudiera vivir y el comunismo pudiera nacer algún día. ★

---

<sup>1</sup> *N. del T.* Revista teórica del CPGB, lugar de enconados debates en los años ochenta y noventa.

